ΣΟΦÍΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYAT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

El hombre y sus cuerpos.

(CONTINUACIÓN)

El Cuerpo Causal. — Pero cuando el Ego se ha hecho poderoso en inteligencia y en voluntad, sin haber desarrollado en la misma proporción el desinterés y el amor; cuando se contrae á su propio centro separado, en lugar de extenderse á medida que se desenvuelve, y construye un muro de egoísmo á su alrededor, usando sus poderes, en curso de desarrollo, para el «Yo» en vez de para todos; en estos casos surge la posibilidad que se encuentra indicada en tantas escrituras del mundo, de un mal más peligroso y arraigado: el del Ego, que conscientemente se vuelve contra la ley, que lucha de un modo deliberado contra la evolución. Entonces, el cuerpo causal mismo, labrado en el plano mental por vibraciones de inteligencia y de voluntad dirigidas á fines egoístas, muestra los matices obscuros que resultan de la contracción, y pierde la deslumbrante radiancia que constituye su propiedad característica. Semejante mal no puede llevarse á cabo por un Ego poco desarrollado, ni por comunes faltas mentales concernientes á las pasiones; pues para causar un daño de tal transcendencia, el Ego tiene que estar altamente desarrollado, y debe poseer energías muy poderosas en el plano manásico. He aquí por qué la ambición, el orgullo y los poderes intelectuales aplicados á fines egoístas, son mucho más peligrosos, mucho más mortales en sus efectos, que las faltas

más palpables de la naturaleza inferior. El «Fariseo» se halla muchas veces más alejado del «reino de Dios» que el «publicano y el pecador.» En esta senda se desarrolla el «Mago negro», el hombre que vence la pasión y el deseo, y desarrolla la voluntad y los poderes mentales superiores, no para ofrecerlos gustoso como fuerzas que coadyuven á la evolución progresiva del todo, sino para apropiarse cuanto puede como unidad individual; para guardar para sí en lugar de repartir. Tales entidades se dedican á sostener la separación en contra de la unidad universal, trabajan para retardar la evolución en lugar de apresurarla, y por tanto, vibran en discordancia con el todo, en vez de vibrar en armonía, y se hallan en peligro de ocasionar el desprendimiento del Ego, lo cual significa la pérdida de todo el fruto de la evolución.

Todos los que principian á comprender algo acerca de este cuerpo causal, pueden hacer que su evolución sea un objetivo definido de su vida; pueden esforzarse en pensar desinteresadamente y contribuir así á su crecimiento y actividad. Vida tras vida, siglo tras siglo, milenio tras milenio, prosigue la evolución del individuo, y ayudando á su desarrollo por medio de esfuerzos conscientes, obramos en armonía con la voluntad divina, y llevamos á efecto el objeto para el cual estamos aquí; nada de lo bueno que se teja en la urdimbre de este cuerpo causal, se pierde jamás, nada se disipa; pues es el hombre que vive por siempre.

Vemos, pues, que por la ley de evolución todo lo que es malo, por más fuerte que por el momento parezca, contiene en sí el germen de su propia destrucción, mientras que todo lo bueno encierra la semilla de la inmortalidad; el secreto de esto está en el hecho de que todo lo malo es discordante y va contra la ley cósmica, y por tanto, más tarde ó más temprano ha de ser destruído por esta ley, se hace pedazos contra ella, y queda reducido á polvo. Por el contrario, todo lo bueno, estando en armonía con la ley, es acogido por ésta, conducido adelante dentro de la corriente de la evolución, «no de nosotros mismos, sino de aquello que marcha hacia lo justo», y por tanto, no puede perecer jamás, no puede ser nunca destruído. En esto se encuentra para el hombre no sólo la esperanza, sino también la certeza de su triunfo final; y por más lento que sea el desarrollo, allí está; aunque sea largo el camino, éste tiene fin. El individuo que constituye nuestro Ser, evoluciona y no puede ser destruído por completo; y aun cuando por nuestras locuras hagamos el desarrollo más lento de lo que debiera ser, esto, no obstante, todo aquello con que contribuya-

mos al mismo, por poco que sea, permanece en él eternamente, y queda en nuestro poder por todas las edades futuras.

(c) *El Cuerpo Espiritual.* —Podemos elevarnos un paso más, pero al hacerlo, penetraríamos en una región tan excelsa, que está fuera de nuestra esfera de investigaciones aún, entregándonos á la imaginación; pues el cuerpo causal no es el más elevado, ni el «Ego Espiritual» es Manas, sino Manas unido ó sumergido en Buddhi, lo cual es meta de la evolución humana y término de las vueltas de la rueda de nacimientos y muertes. Por encima del plano en que nos hemos venido ocupando, existe otro superior, llamado algunas veces el de Turîya, el plano de Buddhi (1), en el cual el vehículo de conciencia es el cuerpo espiritual, el Anandamayakosha ó cuerpo de dicha, y en él pueden entrar los Yogîs y gozar de la dicha eterna de ese mundo glorioso, y realizar en su propia conciencia la unidad fundamental, que entonces se convierte para ellos en un hecho de experiencia propia, en lugar de ser una creencia intelectual. Se nos enseña que llega un tiempo para el hombre, cuando ha desarrollado el amor, la sabiduría y los poderes, en que pasa á través de una gran entrada que marca un estado definido en su evolución; esta es la entrada de la Iniciación, y el hombre que penetra por ella conducido por su Maestro, se eleva por vez primera al cuerpo espiritual, y adquiere la experiencia de la unidad que constituye el fondo de toda la diversidad y separación del mundo físico y del mundo astral, y hasta del mismo plano devachánico. Cuando el hombre deja á éstos tras sí, y revestido del cuerpo espiritual se eleva por encima de ellos, experimenta por primera vez que la separación pertenece solamente á los tres mundos inferiores, que él es uno con todos los demás, y que sin perder la conciencia propia, su conciencia puede extenderse y abarcar la de los demás, y convertirse real y efectivamente en uno con ellos. Allí está la unidad que el hombre ansía siempre, la unidad que ha *sentido* como verdad y que en vano ha tratado de comprender en los planos inferiores; la ve allí realizada más allá de lo que pudo alcanzar en sus más elevados ensueños, encontrando que toda la Humanidad es una con su ser más íntimo.

(d) *Cuerpos Temporales.*— No debemos dejar fuera de nuestra revista de los cuerpos del hombre, otros vehículos temporales, á los que pueden darse el nombre de artificiales. Cuando un hombre principia á emancipar-

(1) Este plano ha sido llamado también el de Sushupti.

se del cuerpo físico, puede usar del astral; pero mientras se halla funcionando en él, se encuentra limitado al mundo astral; sin embargo, le es posible usar del cuerpo mental, el del Manas Inferior, para pasar á la región devachánica, y en él puede abarcar los planos astral y físico, sin obstáculo ni impedimento alguno. El cuerpo de que hace uso en este caso se llama el Mâyâvi Rûpa ó cuerpo de ilusión, que es el cuerpo mental, arreglado de cierto modo, por decirlo así, para una actividad especial. El hombre modela el cuerpo mental á semejanza suya, y se halla entonces temporalmente en este cuerpo artificial en aptitud de atravesar á voluntad los tres planos, elevándose por encima de las limitaciones ordinarias que le son propias. Este es el cuerpo artificial que tan á menudo se menciona en los libros teosóficos, en el cual una persona puede trasladarse de un país á otro, pasar asimismo al mundo de la mente para aprender allí nuevas verdades y obtener nuevas experiencias, trayendo luego á la conciencia del estado de vigilia los tesoros así reunidos. La ventaja de usar de este cuerpo superior, consiste en que éste no está sujeto al engaño é ilusión del plano astral, como sucede al cuerpo astral. Los sentidos astrales no ejercitados extravían con frecuencia, y se necesita mucha práctica antes de poder confiar en lo que muestran; pero este cuerpo mental, temporalmente formado, no está sujeto á semejantes decepciones; ve y oye en verdad, y no hay ofuscación que se le imponga, ni ilusión astral que pueda engañarle; por tanto, es el que preferentemente usan los que están familiarizados con tales excursiones, formándolo cuando necesitan de él y dejándolo cuando no les hace falta; de este modo aprende el estudiante muchas veces lecciones que de otra manera no hubiera podido saber, y recibe instrucciones que no hubieran podido llegar hasta él.

Se ha dado también á otros cuerpos temporales el nombre de Mâyâvi Rûpa, pero es mejor aplicar sólo este término al que acabamos de describir; pues un hombre puede aparecerse á distancia en un cuerpo que en realidad es más bien una forma mental que un vehículo de conciencia, aunque esté revestido de la esencia elemental del plano astral. Estos cuerpos son, por regla general, meros vehículos de algún pensamiento particular ó de un deseo vehemente, y fuera de esto no se muestran conscientes, por lo que sólo los mencionamos de pasada.

(e) *El Aura Humana.*—Nos hallamos ahora en situación de poder comprender lo que es realmente el aura humana en todo su significado. Es el hombre mismo, manifiesto á la vez en los cuatro planos de conciencia,

en los cuales puede obrar con arreglo á su desarrollo; es el agregado de sus cuerpos, de sus vehículos de conciencia; en una palabra, es la forma en que aparece el hombre, y de este modo es como debemos considerarlo y no como simple esfera ó nube que le rodee. El más glorioso de todos es el cuerpo espiritual, visible en los Iniciados, á través del cual funciona el fuego átmico vivo: es la manifestación del hombre en el plano búddhico. Luego viene el cuerpo causal, el cual se manifiesta en lo más elevado del mundo devachánico, en los niveles Arûpa del plano de la mente, donde el individuo tiene su morada propia; después sigue el cuerpo mental que pertenece á los niveles devachánicos inferiores, y luego el cuerpo astral, el etéreo y el denso sucesivamente, formado cada uno de la materia de su propia región, y expresando al hombre tal como es en cada cual de ellas. Cuando el investigador mira al ser humano, ve todos estos cuerpos que lo constituyen, mostrándose separadamente, por razón de sus diferentes grados de materia, que señalan el estado de desarrollo que el hombre ha alcanzado. Cuando el estudiante ha desarrollado la visión superior, ve á cada uno de estos cuerpos en completa actividad, y percibe al cuerpo físico como una especie de cristalización densa en el centro de los demás cuerpos, los cuales lo compenetran y se extienden fuera de su periferie, siendo el físico el más pequeño. Luego viene el astral, mostrando el estado de la naturaleza kámica, que constituye una parte tan grande en el hombre vulgar, lleno de pasiones, groseros apetitos y emociones, y varía en delicadeza y en color, según el hombre es más ó menos puro; es muy denso en los tipos más groseros, más delicado en los más finos, y de lo más refinado en los hombres muy avanzados en la evolución. Luego sigue el cuerpo mental, de pobre desarrollo en la mayor parte, pero hermosísimo en muchos, y de gran variedad de colores conforme al tipo mental y moral. Viene después el cuerpo causal, apenas visible en los más, y que sólo se distingue examinando minuciosamente al hombre; tan poco desarrollado se halla, tan respectivamente ténues son sus colores y tan débil es en su actividad; pero cuando llegamos á ver un alma adelantada, este cuerpo y el superior llaman la atención en el acto por representar característicamente al hombre; radiantes de luz, de lo más glorioso y delicado en sus matices, presentan tonos que ningún lenguaje podría describir, porque no tienen sitio en el espectro terrestre: tonos de color, no sólo de lo más puro y hermoso, sino enteramente distintos de los colores que se conocen en los planos inferiores, pues son otros nuevos, que de-

muestran en aquellas elevadas regiones el progreso del hombre por lo que hace á los poderes y cualidades sublimes que en ellas existen. Si somos tan afortunados que tengamos la dicha de ver uno de los Grandes Seres, lo veremos en esta forma viva, potente en vitalidad y color, radiante y gloriosa, manifestando su naturaleza por su mismo aspecto, más hermosa que cuanto pueda expresar la palabra, más resplandeciente que cuanto pueda pintar la imaginación; y sin embargo, lo que él es todos lo serán un día; lo que él es de hecho, existe en cada hombre como posibilidad.

Hay un punto acerca del aura que debo mencionar, por ser de utilidad práctica. Podemos hasta cierto punto defendernos de la invasión de los pensamientos exteriores, abroquelándonos dentro de una esfera formada de la substancia del aura. Esta responde con gran facilidad al impulso del pensamiento, y si con un esfuerzo de la imaginación nos forjamos su límite exterior consolidado como una especie de concha, construiremos en realidad un muro protector alrededor nuestro. Esta, á modo de coraza, impedirá que penetren en el aura los pensamientos vagabundos que llenan la atmósfera astral, y eludirá la influencia perturbadora que ejercen en las mentes no ejercitadas, así como también podrá evitarse el agotamiento de vitalidad que sentimos algunas veces, sobre todo cuando nos ponemos en contacto con gente que inconscientemente vampiriza á los que se hallan á su lado. Los que sean muy sensitivos y se sientan exhaustos por semejantes pérdidas de vitalidad, harán bien en defenderse de esta manera. Tal es el poder del pensamiento humano en la materia sutil, que sólo el imaginarse estar colocado dentro de una coraza protectora, viene á constituir la realidad de esta defensa en torno nuestro.

Observando á los seres humanos á nuestro alrededor, podemos verlos en todos los grados de desarrollo, manifestándose por medio de sus cuerpos, con arreglo al punto que han alcanzado en la evolución, viviendo en plano tras plano del Universo, actuando en regiones tras regiones, á medida que desarrollan los vehículos respectivos de conciencia; pues nuestra aura muestra exactamente lo que somos; le añadimos algo á medida que crecemos en la verdadera vida; la purificamos, según nuestras vidas sean nobles y puras, y tejamos en ella cualidades más y más elevadas.

¿Es posible que alguna otra filosofía de la vida esté más llena de esperanza, de fuerza y de alegría que ésta? Mirando el mundo de los hombres únicamente con los ojos físicos, lo vemos degradado, miserable, aparen-

temente sin esperanza, tal como es en verdad para los ojos de la carne; pero este mismo mundo se nos aparece bajo un aspecto completamente distinto cuando lo miramos con la vista superior. Vemos, á la verdad, el pesar y la desdicha, la degradación y la vergüenza, pero sabemos que son pasajeras, que son temporales, que pertenecen á la infancia de la raza, y que la raza se sobrepondrá á ellas; pues considerando á los más inferiores y más viles, á los más degradados y brutales, podemos, sin embargo, ver sus posibilidades divinas, podemos penetrar lo que serán en el porvenir. Este es el nuncio de esperanza traído por la Teosofía al mundo occidental, el nuncio de la universal redención de la ignorancia, y por tanto, de la universal emancipación de la desdicha, no soñado, sino real, no en esperanzas, sino convertido en certidumbre. Todos los que en su vida están demostrando el desarrollo, son, por decirlo así, una nueva realización y confirmación de este anuncio; por todas partes aparecen ya los primeros frutos, y el mundo entero llegará á estar un día maduro para la cosecha, y llevará á cabo el objeto para el cual el LOGOS lo dió á luz.

(Se continuará.) ANNIE BESANT



EL DEVACHAN

(CONTINUACIÓN)

AUNQUE veladas bajo los primores de la imaginación oriental, podemos fácilmente encontrar en este pasaje algunas de las principales condiciones característica que han aparecido de un modo marcadísimo en las descripciones de nuestros investigadores modernos. Las «siete montañas de oro» no pueden ser más que las siete subdivisiones del plano devachánico, separadas unas de otras por barreras impalpables, pero, sin embargo, tan reales y efectivas allí, como «siete filas de balaustradas, siete filas de inmensas cortinas y siete filas de árboles movientes» pudiesen serlo aquí: las siete clases de agua cristalina, cada una con sus cualidades y propiedades distintivas, representan los diferentes poderes y estados mentales que respectivamente les pertenecen, al paso que la cualidad única que todas tienen en común, es la de proporcionar á los que residen en ellas, la

mayor intensidad de dicha que sean capaces de experimentar. Su flor, verdaderamente, «echa una raíz en la sombra de cada tierra;» pues de todos los mundos, el hombre entra en el Devachán correspondiente, y una dicha tal, que ninguna lengua puede expresarla, es la florecencia que brota para todos los que han vivido de un modo propio para obtenerla. Pues han «cruzado el puente de oro» sobre la corriente que divide este reino de Kâmaloka; para ellos ha terminado la lucha entre lo superior y lo inferior, y para ellos, por tanto, «no existe ya la pena ni el dolor en este ciclo,» hasta que nuevamente el Ego se lanza á la encarnación, y el mundo celestial queda otra vez atrás por algún tiempo.

Esta dicha intensa es la primera gran idea que debe servirnos de fundamento para todos nuestros conceptos sobre el Devachán. No es solamente que se trate de un mundo en el cual, por su constitución misma, el mal y el dolor son imposibles; no es tan sólo un mundo en que todos los seres son dichosos: la realidad del caso va mucho más lejos que todo eso. Es un mundo en el cual todos los seres, por el hecho mismo de hallarse en él, tienen que gozar de la dicha espiritual más elevada que sean capaces de sentir; un mundo cuyo poder para responder á sus aspiraciones, está tan sólo limitado por su capacidad para aspirar. Cómo puede ser esto, es lo que trataremos de explicar más adelante; el punto en que por lo pronto hay que insistir y poner de relieve, es que este radiante sentimiento, que no sólo carece de todo mal y discordia, sino que se halla saturado de la presencia abrumadora de la dicha universal, es la primera y más sorprendente sensación que experimenta el que penetra en el plano devachánico. Y esta felicidad no le abandona mientras permanezca allí; cualquiera que sea la obra que le ocupe, cualesquiera que sean los horizontes de exaltación espiritual aún más elevados que puedan presentársele, á medida que va conociendo más y más las posibilidades del nuevo mundo en que se encuentra, el extraordinario é indescriptible sentimiento de dicha inefable en la mera existencia en una región semejante, lo embarga todo: este goce de la dicha superabundante de otros, está presente siempre en él. Nada existe en la tierra que se le parezca, nada hay que lo reflege; si uno pudiera imaginarse la vida expansiva de la infancia llevada á la existencia espiritual, pero con una intensidad mil veces superior, quizás pudiera obtenerse la sombra vaga de una idea; sin embargo, aun este simil resulta de lo más miserable y pequeño ante lo que no hay palabras que puedan expresar: la tremenda vitalidad espiritual del plano devachánico.

Uno de los modos como se manifiesta esta intensa vitalidad, es la extrema rapidez de las vibraciones de todas las partículas y átomos de la materia devachánica. Todos sabemos teóricamente, que aun aquí en el plano físico no hay partícula de materia, aunque sea en los cuerpos sólidos más densos, que se halle por un momento en reposo; sin embargo, cuando al abrirse la visión astral deja de ser esto una mera teoría científica, para convertirse en un hecho real siempre presente, entonces nos hacemos cargo de la universalidad de la vida, de un modo y hasta un punto, que antes era completamente imposible imaginar; nuestro horizonte mental se ensancha, y principiamos ya á tener vislumbres de las posibilidades de la Naturaleza, que para los que aún no pueden ver, deben considerarse como el más extravagante de los sueños. Si este es el efecto de la adquisición de la mera visión astral aplicada á la materia física densa, trátese de imaginar el efecto producido en la mente del observador, cuando después de haber dejado atrás este plano inferior, y estudiado por completo la vida mucho más vívida y las vibraciones infinitamente más rápidas del Kâmaloka, encuentra que se abre en él un nuevo y transcendental sentido, que despliega ante su maravillada vista otro mundo superior, cuyas vibraciones sobrepujan en rapidez á las de nuestro plano físico, tanto como las de la luz á las del sonido; donde la vida omnipresente que palpita incesante en torno suyo y dentro de sí, es de un orden por completo distinto, como si la hubiesen elevado á una potencia enormemente superior.

Y el sentido mismo, por cuyo conducto puede conocer todo esto, no es la menor de las maravillas de este mundo celestial; ya no oye, ni ve, ni siente por medio de órganos separados y limitados, como le sucede aquí abajo; ni siquiera tiene tampoco la facultad inmensamente ensanchada de ver y oir que poseía en el plano astral; en lugar de esto, siente dentro de sí un extraño y nuevo poder que no es ninguno de aquellos, y que sin embargo, los comprende á todos y mucho más: un poder que le permite, en el momento en que una persona ó una cosa se halla delante de él, no sólo verla, sentirla y oirla, sino conocerla instantáneamente interior y exteriormente, sus causas, sus efectos y sus posibilidades, por lo menos en lo que á aquel plano y á todo lo que le sea inferior se refiere. Encuentra que para él pensar es realizar; no existe duda, ni vacilación, ni demora para la acción directa del sentido superior. Si piensa en un punto determinado, se encuentra en él; si en un amigo, se halla ante él. Ya no hay lugar al error, ya no puede ser engañado ni inducido á equivocarse por ninguna aparien-

cia externa, pues todos los pensamientos y sentimientos de su amigo, se encuentran en su presencia en aquel plano como un libro abierto. Y si tiene la fortuna de tener entre sus amigos alguno cuyo sentido superior esté abierto, su comunicación es perfecta más allá de todo concepto terrestre. Para ellos no hay separación ni distancia; sus sentimientos ya no están ocultos, ó cuando más medio expresados por la torpe lengua; preguntas y respuestas son innecesarias, pues los cuadros del pensamiento se perciben á medida que se forman, y el cambio de ideas es tan rápido como su aparición en la mente. Todo conocimiento que investiguen es suyo, en tanto que no transcienda este mismo elevado plano; el pasado del mundo les es tan manifiesto como el presente; los anales akâshicos hállanse á su disposición, y la historia, ya sea antigua ó moderna, se despliega ante su vista conforme á su voluntad. Ya no se encuentran á merced del historiador mal informado y parcial; pueden estudiar por sí mismos cualquier incidente que les interese, con la absoluta certeza de «ver la verdad, la verdad entera y nada más que la verdad.» Si pueden permanecer en los niveles superiores ó *Arupa* de este plano, se desenrollará ante ellos, como un pergamino, toda la larga sucesión de sus pasadas vidas; verán las causas Kármicas que los han hecho lo que son; verán á Karma todavía ante ellos y la parte que les queda aún por extinguir antes de «saldar la larga y triste cuenta», y de este modo se harán cargo con certeza infalible, del estado exacto de su evolución. Si se pregunta si pueden ver el porvenir tan claramente como el pasado, la contestación tiene que ser negativa; pues aunque les es posible preveer mucho, sin embargo, no de un modo perfecto, porque donde quiera que en la urdimbre del destino interviene la mano del hombre desarrollado, su poderosa voluntad puede introducir nuevos hilos y cambiar el tejido futuro. El curso del hombre ordinario no desarrollado, que realmente no tiene una voluntad propia que valga la pena de mencionarse, puede generalmente preveerse con bastante exactitud; pero cuando el Ego toma intrépidamente el porvenir en sus manos, es imposible una previsión exacta.

Las primeras impresiones, pues, del discípulo que penetra en el plano devachánico en completa conciencia, serán probablemente de dicha intensa, de vitalidad indescriptible y de facultades inmensamente aumentadas. ¿Y qué es lo que percibe al hacer uso de su nuevo sentido para examinar lo que le rodea? Se encuentra en medio de lo que le parece todo un universo de luz siempre cambiante, y de colores y sonidos tales como jamás hubiera po-

dido ni remotamente imaginar en sus más elevados ensueños. Ciertamente que aquí abajo «no han visto los ojos, ni percibido los oídos, ni tampoco ha llegado la imaginación del hombre á concebir» las glorias del plano devachánico: y el que una vez las haya experimentado en completa conciencia, verá desde entonces el mundo con ojos enteramente distintos; sin embargo, estas experiencias son tan ajenas á todo lo que conocemos en el plano físico, que al tratar de traducirlas en palabras, se encuentra el que trata de describirlas penosamente impresionado por un raro sentimiento de impotencia, de imposibilidad absoluta, no sólo para hacerle debida justicia, pues respecto de *este punto* hay que abandonar toda esperanza desde luego, sino tan siquiera para dar la más ligera idea á los que no lo han visto por sí mismos. Imaginémosnos, con la sensación de dicha intensa y de facultades enormente desarrolladas, ya descritas, flotando en un mar de viva luz, rodeados por toda la variedad concebible de bellezas por lo que respecta á colores y formas, cuyo conjunto cambia á cada oleada de pensamiento que emitimos, las cuales son, como pronto llegamos á descubrir, tan sólo la expresión de nuestro pensamiento en la materia de aquel plano y en su esencia elemental; pues esta materia es exactamente de la misma claso que la que constituye el cuerpo mental, y por tanto, cuando tiene lugar la vibración de las partículas de este cuerpo que llamamos un pensamionto, se comunica inmediatamente á la materia devachánica que lo envuelve y pone en acción vibraciones correspondientes, al paso que refleja su imagen en la esencia elemental con absoluta exactitud. Los pensamientos concretos toman naturalmente la forma de su objeto, mientras que las ideas abstractas afectan generalmente toda clase de formas geométricas de una belleza incomparable, pues hay que tener presente que muchos pensamientos que aquí para nosotros son pura abstracción, se convierten en aquel plano superior en hechos concretos.

Por esto se verá que en el Devachán, cualquiera que desee dedicarse por algún tiempo á pensar y á abstraerse de lo que le rodea, puede vivir real y efectivamente en un mundo suyo propio, sin posibilidad de interrupción, y con la ventaja, además, de ver todas sus ideas realizadas por completo con todas sus consecuencias, pasando ante su vista en una especie de panorama. Si por el contrario, desea observar el plano en que se encuentra, será necesario que con todo cuidado suspenda sus pensamientos por el momento, de modo que sus propias creaciones no influyan en la materia impresionable que le rodea, y no alteren las condiciones en lo que á él se

refiere. Esta suspensión del pensamiento no debe confundirse con el vacío mental para lograr el objeto que se proponen muchas de las prácticas del Hatha Yoguismo: en este último caso la mente se entorpece hasta una pasividad absoluta, á fin de que no ofrezca resistencia con sus pensamientos á la entrada de alguna influencia externa que se le aproxime, situación que se parece mucho á la mediumnidad; mientras que en el otro caso la mente está tan completamente alerta, y en situación tan positiva como es posible, manteniendo en suspenso sus pensamientos en aquel instante, tan sólo para impedir la intrusión de todo lo que sea personal en las observaciones que se desee hacer. Cuando el visitador del plano devachánico consigue colocarse en esta situación, ve que aun cuando ya no sigue siendo el centro de radiación de toda aquella riqueza maravillosa de luz, de color, de forma y de sonido, que tan vanamente he tratado de describir, no ha cesado por esto de existir aquélla, antes al contrario, sus armonías y resplandores son más grandiosos y más completos que nunca; y cuando se trata de encontrar la explicación de este fenómeno, se empieza á comprender que toda esta magnificencia no es una obstentación vana ni fortuita, una especie de aurora boreal devachánica, sino que todo tiene un significado, un sentido que el observador puede entender, y pronto se hace cargo de que lo que está observando en tal éxtasis de placer, es sencillamente el glorioso lenguaje de colores de los Devas, la expresión de los pensamientos, ó la conversación de Seres mucho más elevados que él en la escala de la evolución. Descubre que por medio de la experiencia y de la práctica puede también usar este nuevo y hermosísimo modo de expresarse, y por el sólo hecho de descubrirlo, entra en la posesión de otra gran parte de su herencia del reino celestial: el poder de comunicarse con sus más elevados habitantes y aprender de ellos. De estos seres trataremos más extensamente cuando lleguemos á ocuparnos en esta parte de nuestro asunto.

Por lo expuesto se habrá comprendido ya por qué era imposible dedicar una sección de este escrito al escenario del Devachán, como se hizo al tratar del plano astral; pues en realidad, el Devachán *no* tiene escenario, excepto aquel que cada individuo quiera construirse con sus pensamientos, á menos, en verdad, que tomemos en cuenta el hecho de que el gran número de entidades que pasan continuamente ante su vista, son en muchos casos objetos de la más transcendental hermosura. Si el visitador desea llevar más lejos el análisis de este plano, y descubrir lo que sería si estuviese en completo reposo, sin ser perturbado por el pensamiento ó la conversación

de sus habitantes, puede hacerlo formando á su alrededor una especie de enorme esfera impenetrable á toda influencia, y luego (por supuesto manteniendo su mente del todo inmóvil como antes), examinar las condiciones que existen dentro de esta esfera. Si lleva á cabo este experimento con el debido cuidado, verá que el mar de luz, si no se ha aquietado porque sus partículas continúan su intensa y rápida vibración, se ha hecho, como si dijéramos, homogéneo; que aquellos maravillosos resplandores de color y cambios constantes de forma, ya no tienen lugar, sino que lo que ahora percibe son otras series completamente distintas de pulsaciones regulares que el otro fenómeno más artificial le había antes ocultado. Estas pulsaciones son evidentemente universales, y ningún esfuerzo de poder humano puede detenerlas ni desviarlas; no causan cambio alguno de color ni toman ninguna forma, sino que fluyen hacia fuera con regularidad irresistible, atravesando toda la materia del plano, y refluyen luego hacia adentro como la espiración é inspiración de un gran aliento fuera del alcance de nuestra percepción. Hay varias series de ellas que se distinguen claramente unas de otras por el volumen y el período de vibración; y más grandiosa que todas ellas, se desliza una gran ola que es el latido mismo del corazón del sistema, una ola que, manando de centros desconocidos en planos mucho más elevados, derrama su vida en todo nuestro mundo, y luego se retira en su tremendo flujo y reflujo, á *Aquello* de donde vino. Viene en la forma de una inmensa curva ondulante, y su sonido es como el murmullo del mar; y sin embargo, en ella y á través de ella repercute el eco de un canto de triunfo sonoro y potente: la música de las esferas. El hombre que ha oído alguna vez este canto glorioso de la Naturaleza, no lo olvida jamás; aun aquí, en este horrible plano físico de ilusión, lo sigue oyendo en una especie de bajo tono, conservando en su pensamiento la fuerza, la luz y el esplendor de la vida real superior.

Si el visitador es puro de corazón y de mente, y ha alcanzado cierto grado de desarrollo espiritual, es posible que le sea dado identificar su conciencia con la marcha de la maravillosa ola, sumergir en ella su espíritu, por decirlo así, y dejarse llevar hasta su origen. Es posible, repito, pero no es prudente, á menos que su Maestro se halle á su lado para sacarlo en el momento preciso, fuera de su poderoso abrazo; pues de otro modo su fuerza irresistible lo arrastraría adelante, hacia arriba, á planos aún más elevados, cuyas glorias mucho mayores no podría soportar su Ego todavía; perdería la conciencia, sin saber cuándo, ni dónde, ni cómo volver á adquirir-

la. Es verdad que la meta última de la evolución del hombre es alcanzar la unidad, pero debe llegar á este supremo límite en completa y perfecta conciencia, como un rey victorioso que se posesiona triunfalmente de su patrimonio, no arrastrado á la absorción en un estado de vacía inconciencia, que se diferencia muy poco del anonadamiento.

Todo lo que hasta ahora hemos intentado indicar en esta descripción, se aplica al nivel inferior del plano devachánico; pues este reino de la Naturaleza, exactamente como el astral y el físico, tiene siete subdivisiones. De ellas, cuatro son llamadas en los textos los planos Rûpa, mientras que las otras tres se mencionan como Arûpa ó sin forma; siendo la razón de estos nombres que en los planos Rûpa todos los pensamientos toman formas definidas, mientras que en las subdivisiones Arûpa se expresan de un modo completamente distinto, como pronto se explicará. Esta diferencia entre las dos grandes divisiones de este plano, la Rûpa y la Arûpa, es muy marcada; verdaderamente es tanta, que requiere el uso de diferentes vehículos de conciencia. El vehículo apropiado á los cuatro niveles Rûpa, es el cuerpo mental de cuya materia forma el Adepto su Mâyâvirûpa, mientras que el de los tres niveles, Arûpa, es el cuerpo causal: el vehículo del Ego que se reencarna, en el cual pasa de una vida á otra á través de todo el Manvantara. Otra enorme diferencia es que en las cuatro subdivisiones inferiores, la ilusión es aún posible, no ciertamente para la entidad que penetra en ellos en completa conciencia durante la vida terrestre, sino para la persona que entra allí después de la mudanza que los hombres llamamos muerte. Los pensamientos y aspiraciones más elevados que ha sustentado durante su vida en la tierra, se agrupan á su alrededor y le forman una especie de esfera envolvente, como un mundo subjetivo suyo propio; y en ella pasa su vida devachánica viendo sólo muy poco ó nada de las glorias verdaderas del plano que por fuera le circunda. En las tres subdivisiones Arûpa, no es posible semejante ilusión; verdad es que aun allí muchos Egos sólo se hallan ligeramente conscientes de lo que les rodea, y como si lo percibieran en sueño; pero en lo que ven, ven con verdad, pues el pensamiento no toma ya allí las formas ilusorias que adopta más abajo.

Del exacto estado mental de los habitantes humanos de estos diversos subplanos, nos ocuparemos con más detenimiento bajo su denominación propia; pero es tan necesaria la comprensión del modo en que actúa el pensamiento en los planos rûpa y arûpa respectivamente, para darse cabal idea de estas grandes divisiones, que vale la pena de referir detalladamen-

te alguna de las experiencias hechas por nuestros exploradores en su intento de aclarar este asunto. En el primer período de las investigaciones, se hizo evidente que lo mismo en el plano devachánico que en el astral, existe una esencia elemental por completo distinta de la mera materia del plano, y que era, á ser posible, aún más instantáneamente sensible á la acción del pensamiento que en el mundo astral. Pero en el Devachán *todo* era substancia de pensamiento, y por consiguiente, no sólo la esencia elemental, sino la misma materia del plano, era directamente afectada por la acción de la mente; y de aquí que fuera necesario tratar de distinguir entre estos dos efectos. Después de varios experimentos menos concluyentes, se adoptó un método que dió una idea bastante clara de los diferentes resultados que se producían, permaneciendo uno de los investigadores en el subplano último inferior lanzando formas mentales, mientras que el otro se elevaba al inmediato superior para observar desde arriba lo que tenía lugar abajo, y evitar así muchas probabilidades de confusión. En estas circunstancias se ensayó el experimento de enviar un pensamiento cariñoso y útil á un amigo ausente, siendo el resultado muy notable: formóse de la materia del plano una especie de concha vibrante, la cual pareció lanzarse en todas direcciones alrededor del operador, exactamente lo mismo que el círculo que se extiende en la superficie del agua tranquila desde el punto en que ha caído una piedra lanzada en ella, con la sola diferencia de que era una esfera de vibración que se extendía en tres (ó quizás en cuatro) dimensiones, en lugar de tener efecto meramente en una superficie plana. Parecía como si estas vibraciones, conforme sucede con las del plano físico, aunque mucho más gradualmente, perdiesen en intensidad á medida que se alejaban de su origen, hasta que al fin, á una enorme distancia se debilitaban tanto, que llegaban á ser imperceptibles. Así, pues, cada persona en el plano devachánico, es un centro de pensamiento radiante, y todos los rayos que se lanzan se cruzan en todas direcciones sin interrumpirse unos á otros en lo más mínimo, según pasa con los rayos de luz aquí abajo. Esta esfera de vibraciones que se dilataba, era de variedad de colores de ópalo que se debilitaban más y más á medida que se ensanchaba. Por otra parte, el efecto en la esencia elemental del plano fué completamente distinto, pues en ella obró el pensamiento produciendo inmediatamente una forma definida parecida á la humana, de un solo color aunque de muchos tonos. Esta forma se lanzó como un relámpago á través del Océano hacia el amigo á quien el buen deseo había sido dirigido, y en el plano astral se

revistió de la esencia elemental del mismo, convirtiéndose así en un elemental artificial ordinario de este plano, esperando, como se explicó en el tratado del *Plano Astral*, una ocasión propicia para derramar sobre su protegido toda su influencia benéfica. Al revestirse de forma astral, el elemental devachánico perdió mucho de su brillantez, aunque su resplandeciente color rosa era todavía completamente visible dentro de la envoltura de materia inferior que había tomado, demostrando que del mismo modo que el pensamiento original se convirtió en el alma de una porción de esencia elemental de su propio plano, así también este mismo pensamiento, más su forma de elemental devachánica, obró como alma para con el elemental astral, siguiendo así muy de cerca el método con que Âtmâ mismo se reviste de envoltura tras envoltura en su descenso á través de los diversos planos y subplanos de materia.

Otros experimentos de la misma clase demostraron el hecho de que el color del elemental que se enviaba, variaba con el carácter del pensamiento. Como se ha dicho antes, un pensamiento de gran afecto producía un ser de un color de rosa vivo; un intenso deseo de curar, lanzado hacia un amigo enfermo, produjo un elemental de un blanco de plata hermosísimo, mientras que un esfuerzo mental ferviente para tranquilizar y fortalecer la mente de una persona triste y desesperada, engendró un hermoso mensajero de color brillante amarillo dorado.

En todos estos casos se habrá visto, que además del efecto de las vibraciones y colores radiantes producidos en la materia del plano, se ponía en movimiento una fuerza definida en la forma de un elemental, encaminada hacia la persona á quien el pensamiento se dirigía; y esto sucedió invariablemente con una excepción notable: uno de los operadores que se hallaba en la división inferior del plano, dirigió un pensamiento de amor y devoción intensas hacia el Adepto, que es su maestro espiritual, y desde luego observaron los experimentadores de la subdivisión superior, que el resultado fué en cierto modo en sentido inverso de lo sucedido en los casos anteriores. En primer lugar, debe saberse que un discípulo de cualquier gran Adepto, está siempre en relación con su Maestro por una corriente constante de pensamiento y de influencia, la cual se expresa en el plano devachánico como un gran rayo ó corriente de luz deslumbradora de todos colores: violeta y oro y azul; y era quizás de esperar que el pensamiento de amor ferviente dirigiera una vibración especial á través de esta senda; pero en lugar de esto, el resultado fué un aumento repentino de intensidad

de los colores de esta haz de luz, y una corriente muy definida de influencia magnética *hacia el discípulo;* de manera que es evidente que cuando un estudiante dirige su pensamiento al Maestro, lo que hace en realidad es vivificar su relación con éste, abriendo así camino á una afluencia mayor de fuerza y ayuda para sí mismo desde los planos superiores. Parece que el Adepto está, por decirlo así, tan sumamente cargado de las influencias que sostiene y fortalece, que cualquier pensamiento que aumente la actividad del canal de comunicación con él, no le envía corriente alguna, como sucedería en un caso ordinario, sino que sencillamente ensancha la abertura por donde tiene salida el gran océano de su amor.

En los niveles Arûpa, la diferencia del efecto del pensamiento es muy marcada, especialmente en lo que se refiere á la esencia elemental. La agitación que se despierta en la mera materia del plano es parecida, bien que mucho más intensa en esta clase de materia de mayor refinamiento; pero en la esencia no se crea forma alguna, y el modo de obrar cambia por completo. En todos los experimentos de los planos inferiores, se vió que el elemental que se producía circulaba en torno de la persona objeto del pensamiento, esperando una ocasión propicia para emplear su energía bien sobre su cuerpo mental, ó sobre el astral y hasta sobre el físico; pero en los niveles arûpa el resultado fué una especie de relámpago de la esencia, encaminado desde el cuerpo causal del pensador, directamente al cuerpo causal de la persona objeto del pensamiento; de manera que mientras el pensamiento en las subdivisiones inferiores se dirige siempre á la mera personalidad, aquí influye sobre el Ego que se reencarna, sobre el hombre real; y si el mensaje se refiere de algún modo á la personalidad, llegará á ella sólo desde arriba, por medio del Kârana Sharîra como instrumento.

Si se pregunta cuál es la verdadera diferencia entre la materia de los diversos subplanos del Devachán, no es fácil contestar más que en términos generales, pues el desgraciado escritor hace bancarrota de adjetivos en su pobre intento de describir el plano inferior, y luego no le queda ninguno para los demás. ¿Qué otra cosa puede decirse, en verdad, sino que á medida que se asciende, la materia es más fina, las armonías más completas, la luz más vívida y transparente? Hay tonos más sutiles en el sonido, y matices más delicados en los colores según se asciende; y se ha dicho poéticamente, pero sin embargo, con verdad, que la luz del plano inferior es obscuridad en el que le sigue. Quizás se simplifica la idea

si en pensamiento partimos de arriba en lugar de abajo, y tratamos de hacernos cargo de que en el subplano más elevado encontraremos su materia propia, que tiene por alma vivificadora una energía que fluye como luz de lo alto, de un plano que se halla más allá, completamente fuera del Devachán. Luego si descendemos á la segunda subdivisión, veremos que la materia del subplano anterior es la energía del segundo, ó expresando las cosas con más exactitud, que la energía original, con más la envoltura de materia del primer subplano de que se ha revestido, es la energía del segundo. Del mismo modo veremos en la tercera división, que la energía original se ha velado dos veces en la materia del primero y segundo nivel por donde ha pasado; de modo que cuando lleguemos al séptimo subplano, tendremos la energía original encerrada en seis envolturas ó velos, y por tanto, mucho más débil y menos activa en la consiguiente proporción. Este proceso es exactamente análogo al de Âtmâ cuando se vela en su primer descenso para dar energía á la materia de los planos del Cosmos; y como semejante proceso tiene lugar en muchas circunstancias en la Naturaleza, el familiarizarse con esta idea puede evitar al estudiante muchas confusiones.

Al hablar de las características del plano que nos ocupa, no debemos omitir los anales âkâshicos, los cuales constituyen lo que pudiera llamarse la única historia fiel del mundo. Ya sea que los anales âkâshicos correspondan á este plano, ó ya que sólo sean un simple reflejo de ellos, lo cierto es que se manifiestan en él, claros, exactos y continuos, diferenciándose en esto de las inconexas y espasmódicas manifestaciones que los representan en el plano astral. Por tanto, sólo cuando el clarividente posee la visión del mundo devachánico, es cuando puede tenerse plena confianza en sus descripciones del pasado; y aun entonces, á menos de que tenga la facultad de pasar en completa conciencia desde este plano al físico, hay que contar con la posibilidad de errores al traer el recuerdo de lo que ha visto. Pero el estudiante que ha llegado á desarrollar los poderes latentes en él, hasta el punto de permitirle el uso del sentido devachánico cuando se halla aún en el cuerpo físico, tiene ante sí un campo de investigaciones históricas, del interés más arrebatador. No sólo puede pasar revista cómodamente á toda la historia que nos es conocida, corrigiendo los muchos errores é ideas falsas que se han deslizado en los relatos que se nos han transmitido, sino que puede también revisar á voluntad toda la historia del mundo desde su mismo principio, observando el lento desarrollo de la inteligencia en el

hombre, el descenso de los Señores de la Llama, y el crecimiento de las poderosas civilizaciones que fundaron. Ni tampoco se halla este estudio limitado sólo al progreso de la Humanidad; tiene ante sí, como en un museo, todas las formas animales y vegetales extrañas que ocuparon el escenario en los días en que el mundo era joven; puede seguir todos los maravillosos cambios geológicos que han tenido lugar, y observar el curso de los grandes cataclismos terrestres que se han sucedido. Muchas y diversas son las posibilidades que se presentan, sólo por tener acceso á los anales âkâsicos: tantas y tan variadas en verdad, que aun cuando sólo fuera esta la única ventaja del plano devachánico, excedería, sin embargo, en interés á todos los demás mundos inferiores; pero cuando á esto añadimos el notable aumento de las oportunidades para la adquisición de conocimientos que da su nueva y más amplia facultad — el privilegio del trato directo y sin trabas, no sólo con el gran reino Deva, sino hasta con los mismos Maestros de Sabiduría — el descanso y alivio de las penalidades de la vida terrestre que se encuentra en el goce de su dicha inmutable y profunda, y sobre todo, la capacidad enormemente aumentada del estudiante desarrollado para el servicio de sus semejantes, entonces principiaremos á tener algún ligerísimo concepto de lo que gana un discípulo cuando adquiere el poder de entrar á voluntad y en perfecta conciencia en su patrimonio en el brillante reino de Sukhâvatî.

C. W. LEADBEATER.

(Se continuará.)

EXTRACTOS DE «PERFECT WAY» (1)

1. La evolución, tal y como la ponen de manifiesto los hechos de la ciencia física, no puede explicarse con arreglo á la hipótesis materialista; mucho menos aún los hechos que dicen relación con la ciencia y los fenómenos ocultos. La razón de esto es muy sencilla: no habiendo sabido reconocer que la conciencia existe con anterioridad al organismo, y que ella es inherente á la substancia, los materialistas desconocen la condición esencial de la evolución.

(1) Lección V, *Naturaleza y constitución del Yo*, I.

2. Empero la evolución exige algo más que la conciencia, esto es, la memoria. Porque la memoria es la condición de la segregación; la causa y la consecuencia de la individuación. Por consiguiente, cada molécula, en su capacidad individual lo mismo que colectiva, es capaz de memoria, porque cada experiencia deja, en cierta medida, su impresión ó su cicatriz en la substancia de la molécula, para que pueda ella ser transmitida á los descendientes. Este recuerdo de los efectos más patentes de la experiencia pasada, es la causa de la diferenciación, que, acumulada sobre un número infinito de generaciones, conduce de la *amæba* hasta el hombre. Si una memoria de este género no existiese, en lugar de progreso y de evolución, tendríamos un círculo girando sobre sí mismo y repitiéndose, mientras que las modificaciones que son producto de la experiencia acumulada, transforman á eso que, de otra suerte, sería un círculo, en una espiral, cuya excentricidad—aunque imperceptible al principio—aumenta y se hace, á cada paso, más compleja (1).

3. Siendo la conciencia inherente á la substancia, cada molécula en el Universo es capaz de sentir y de obedecer con arreglo á su especie inorgánica lo mismo que orgánica, ya que no existe entre ambos (reinos?) la separación absoluta que generalmente se supone. La misma piedra tiene un nivel moral que comprende el respeto y la obediencia á las leyes de la gravitación y de la afinidad química. Doquiera se hallen la vibración y el movimiento, hay vida y hay memoria; y la vibración y el movimiento existen en todo tiempo y en todas las cosas. Esa es la causa que da margen al fracaso cuando se intenta separar el yo del no yo. Hablando con propiedad, no existe más que una cosa, una acción tan sólo; porque la inconciencia no es una cosa más positiva que la obscuridad. Aquélla es tan sólo la privación más ó menos completa de la conciencia, de igual modo que la obscuridad es la privación de la luz.

4. Vamos á tratar ahora del yo substancial, el alma ó la *Psyche*, la razón humana superior, el *núcleo* del sistema humano. Existen en toda entidad viviente, cuatro potencias inherentes. Nos referimos en este lugar, no á partes constitutivas, sino más bien á fuerzas. El primer modo potencial y el inferior, es el modo mecánico; el segundo, es el modo químico; el tercero, es el modo eléctrico—este orden comprende asimismo el mental—y el cuarto es el modo psíquico. Los tres primeros pertenecen al dominio

(1) Vide *Un conscions Mencory*, cap. XIII, por S. Butler, 1880.

de la ciencia fisiológica; el último lo es de la ciencia espiritual. Este último modo de potencia es el que resalta del «Inmaculado», del Esencial. Siendo inherente á lo que es substancial, es él, por lo tanto, una cantidad permanente é indestructible. Existe en el *Archeo*, y se halla en donde esté la vida orgánica. En tal sentido es como Psiquis, que siendo la «madre viviente», es al propio tiempo la «madre de los vivientes». Ella está, pues, desde el Principio latente y difusa en toda materia. Es ella lo no manifestado, manifestándose por la voluntad divina; lo invisible hecho visible por medio de la energía. Por consiguiente, toda entidad manifestada es una Trinidad, cuyas tres «personas» son: 1.°, lo que determina la visibilidad; 2.°, lo que es hecho visible; 3.°, lo que es visible; en otros términos, la Fuerza, la Substancia y la Expresión ó el «Verbo» de los dos primeros: su fenómeno.

5. Esta energía ó esta fuerza primordial existe bajo dos modos—porque la dualidad la hallamos en todas partes — la fuerza centrífuga ó aceleratriz y la fuerza centrípeta ó moderadora. Siendo esta última derivada, refleja y complementaria, es femenina con respecto á la otra que es masculina. Por el primero de estos modos, la substancia se convierte en materia. Por medio del segundo, vuelve á su condición primera. Existe en toda materia una tendencia á volver á la substancia, y en virtud de tal hecho, á polarizar el alma por medio de la evolución; porque en el instante mismo en el cual el modo de fuerza centrífuga entra en actividad, la fuerza centrípeta, que se deriva de ella, principia á ejercitar su influencia. Y luego que la substancia primordial ha tomado la condición de materia, la materia misma comienza á diferenciarse — siendo influída por su fuerza inherente — y merced á la diferenciación engendra ella las individualidades.

6. Entonces Psiche, de abstracta y universal que era, vuélvese concreta é individual, entrando por las puertas de la materia en una nueva vida. Centella infinitamente pequeña en el átomo, llega á ser en el globo — por el crecimiento y continua centralización — una llama deslumbradora. La energía psíquica se desarrolla á través de la naturaleza, de igual modo que la corriente magnética en la cadena de células nérveas, que corre en dirección de su punto central — transportada, como el choque mecánico á lo largo de las series de unidades — con una impetuosidad siempre creciente. De ahí la necesidad de centros de asociación organismos. Y de tal suerte, por medio de la sistematización de agregados de entidades

vivientes, aquello que en cada una era pequeño, vuélvese grande en el todo. La *cualidad* de la Psiche es la misma siempre; su potencialidad en modo alguno varía.

7. Nuestras almas son, pues, las esencias aglomeradas de las innumerables conciencias que nos constituyen. *Crecieron* ellas evolucionando gradualmente de las entidades rudimentarias, que asimismo habían sido creadas por medio de la polarización de la materia gaseosa y mineral. Estas entidades se combinan y se agregan para formar otras más elevadas, es decir, más complejas; representando el alma del individuo las fuerzas combinadas de sus múltiples conciencias, dirigidas y centralizadas al intento de crear una unidad indestructible.

8. Mientras que los reinos material y psíquico son, respectivamente uno á otro, el dominio de las causas y de los efectos, el material es en sí mismo el resultado del espiritual, siendo el término medio entre el mundo espiritual y el mundo psíquico. Por consiguiente, puede decirse con exactitud, que el organismo es el resultado de la idea, y que el espíritu es la causa de la evolución. La cosa es de este modo: el espíritu es antes que la materia en su condición *abstracta*, pero no *concreta*. Esto equivale á decir que el espíritu que precede y hace al organismo, es mayor que el espíritu que resulta del organismo, al tiempo que es uno con él é idéntico como especie.

9. Este Espíritu es Dios, como subsistente con anterioridad y aparte de la creación. Dios es espíritu ó substancia esencial; y Él es impersonal, si se forma esta palabra en su sentido etimológico, pero personal en el sentido más elevado y más verdadero, si se trata de la conciencia esencial. Porque Dios no tiene límites. Dios es un fuego puro y brillante que arde en el infinito, y del cual subsiste una llama en todas las criaturas. El Kosmos es un árbol de innumerables ramificaciones que se unen por grupos á diversas ramas, cada una de las cuales nace de un solo tronco y por una sola raíz. Y Dios es un fuego en combustión que arde en el interior de este árbol sin consumirle. Dios es Yo Soy. Tal es la naturaleza del Ser infinito y esencial. Y tal es Dios antes de los mundos (1).

10. ¿Cuál es, pues, el objeto de la evolución y de la separación en formas diferentes? en una palabra ¿cuál es la significación de la vida? La

---

(1) Cuando los términos que suponen la sucesión son empleados con respecto á lo que es infinito y eterno, es necesario tomarlos en el sentido lógico y no en el sentido cronológico.

vida es la elaboración del alma á través de las variadas transformaciones de la materia. El espíritu es esencial y perfecto en sí mismo, y no tiene principio ni fin. El alma es secundaria y perfectible, siendo engendrada por el espíritu. El espíritu es el primer principio, y es abstracto. El alma es derivada, y, por consiguiente, concreta. El Espíritu es, pues, el Adán original; y el Alma es Eva, la «mujer» que procede de la costilla del «hombre».

11. El principio esencial de la personalidad — lo que constituye la personalidad en el sentido más elevado — es la conciencia, es el espíritu, y esto es Dios. Por consiguiente, el principio más elevado y más íntimo de cada mónada, es Dios. Pero siendo ese principio original pura esencia, no hubiera podido dividirse en individualidades, si no hubiese estado contenido y limitado por un principio secundario. Luego, siendo este último derivado, ha de ser evolucionado necesariamente. Por consiguiente, el espíritu es proyectado en la condición de materia, con el fin de que el alma pueda ser evolucionada. El alma es engendrada en la materia por medio de la polarización; el espíritu, que es el principio constitutivo de toda materia, vuelve á su naturaleza esencial en el alma — siendo ésta el medium por medio del cual el espíritu es individualizado — y de abstracto que era, se vuelve concreto; de suerte que, por medio de la creación, el Dios UNO se convierte en el Dios MUCHOS.

Traducido por J. P. D.



ASTROLOGIA[1]

(CONTINUACIÓN)

Los signos del Zodiaco se dividen de varios modos, además de los ya expuestos, para facilitar el cálculo en la erección de los temas y sus posiciones respecto á otros puntos de la esfera celeste.

Siendo imprescindible el representarlos en los temas genetliacos con sus signos correspondientes, conviene demos antes una tabla donde se expresen los signos con sus nombres.

(1) En la segunda línea del artículo anterior, se ha pasado una errata. Donde dice *horizonte* debe leerse *ecuador*.

Nombre.	Signo.	Nombre sanscrito.	Parte á que corresponde.	Figura.
Aries.......	♈	Mesha.....	Cabeza..........	El cordero.
Tauro......	♉	Rishabha..	Boca............	El toro.
Géminis.....	♊	Mithuna...	Torax..........	Dos niños.
Cáncer.....	♋	Karkâtaka.	Corazón.........	El cangrejo.
Leo.........	♌	Simha.....	Abdomen.......	El león.
Virgo.......	♍	Kanya.....	Pulmones.......	La virgen.
Libra.......	♎	Tulâ......	Ombligo........	Una balanza.
Escorpión...	♏	Vrischika..	Organos genitales	El escorpión.
Sagitario....	♐	Dhanus....	Muslos..........	El sagitario.
Capricornio..	♑	Makara....	Rodillas........	La cabra (el cocrodilo).
Acuario.....	♒	Kumbha...	Piernas.........	El aguador.
Piscis.......	♓	Mîna......	Pies............	Dos peces.

Según que estos signos estén situados sobre ó debajo del ecuador, se dividen en boreales ó australes de esta manera:

SIGNOS Boreales ó del Norte.		SIGNOS Australes ó del Sur.	
♈	Aries.	♎	Libra.
♉	Tauro.	♏	Escorpión.
♊	Géminis.	♐	Sagitario.
♋	Cáncer.	♑	Capricornio.
♌	Leo.	♒	Acuario.
♍	Virgo.	♓	Piscis.

Otras divisiones consisten en signos *Móviles* ó *Cardinales*, en *fijos* y *comunes*.

Los *móviles* ó *cardinales* son ♈ ♋ ♎ y ♑; se llaman cardinales porque corresponden á los cuatro puntos cardinales de la eclíptica, y como presiden á las cosas mudables, se llaman móviles. Los cuatro puntos de la eclíptica á que se hace referencia, son el equinocio de primavera (♈ á 0°), el solsticio de verano (♋ á 90°), el equinocio de otoño (♎ á 180°), y el solsticio de invierno (♑ á 270°).

Como debido á la precesión de los equinocios, el signo ♈, desde donde se cuentan las longitudes en la eclíptica, se desplaza con un movimiento retrógrado 50″ próximamente todos los años; los solsticios y puntos equinociales varían constantemente, y por tanto, el punto vernal que antiguamente se encontraba en ♈ hoy se halla en ♓. Esta es la razón por qu é los astrólogos llaman á los signos ♈ ♋ ♎ y ♑ *móviles*, y como con

sideran al Zodiaco solar movible, los signos no corresponden á las constelaciones. Si tienen razón ó no para calcular de este modo, es cosa que no corresponde tratarse en este lugar, por precisar un estudio meditado y de gran extensión.

Los signos *fijos* son ♉ ♌ ♏ y ♒, los cuales presiden á las cosas durables y estables, y siendo referidos como masculinos ♌ y ♒, femeninos ♉ y ♏.

Los signos *comunes* son ♊ ♍ ♐ y ♓, considerándoseles así porque sus influencias dependen más de otros signos y elementos que de ellos mismos.

Cada signo está íntimamente relacionado con varios de los planetas, pudiendo ambos, según los casos, aumentar, sumando sus influencias, hacer que éstas se neutralicen, sean perniciosas ó no varíen. Así, cuando un planeta está en el signo que le corresponde (se dice su *Trono* ó su *Domicilio*) su influencia es la natural; si se halla en el signo que corresponde á su *exaltación*, dominará su influjo; si se encuentra en el signo de su *caída*, su acción es mala y le resta influencia; y si está en el signo de su *detrimento* sufre este efecto. Esto puede verse en el cuadro siguiente, donde se manifiestan los signos y los planetas que les corresponden para cada una de estas acciones.

ESTADO DE LOS PLANETAS EN CADA SIGNO

Signo.	Planeta del domicilio.	Exaltación.	Detrimento.	Caída.
♈	♂	☉	♀	♄
♉	♀	☾	♂	......
♊	☿	......	♃	......
♋	☾	♃	♄	♂
♌	☉	......	♄	......
♍	☿	☿	♃	♀
♎	♀	♄	♂	☉
♏	♂	......	♀	☾
♐	♃	......	☿	......
♑	♄	♂	☾	♃
♒	♄	......	☉	......
♓	♃	♀	☿	☿

Una vez comprendido esto, procede ocuparse de los signos por separado.

Aries ♈. — Este es el primer signo del Zodiaco, cardinal y móvil; desde el principio de este signo se calculan las operaciones Astrológicas. Es ígneo, bilioso, cálido y seco, masculino y diurno. Indica un temperamento robusto, orgullo, amor propio, carácter apasionado. Tal es el domicilio de Marte.

Tauro ♉. — El segundo signo y la casa de Vénus. Es térreo, frío y seco; ácido, femenino y nocturno. Concede belleza y vigor; carácter reservado, ávido y disoluto; paciencia, industria y aplicación.

Géminis ♊. — La mansión de Mercurio. Es aéreo, sanguíneo, cálido y húmedo, masculino y diurno. Indica vigor, carácter voluble, honestidad, generosidad y energía. Un espíritu sutil, razonable é imaginador.

Cancer ♋. — Es un signo cardinal y móvil, la casa de la Luna. Acuoso, flemático, frío y húmedo, femenino y nocturno. Temperamento delicado, carácter dulce, tímido, reservado, poseyendo la forma más elevada de las facultades reflexivas. Pasividad y mediumnidad natural, inspiración.

Leo ♌. — Es el domicilio del Sol. Simboliza la fuerza y el coraje. Es ígneo, masculino y diurno. Temperamento robusto, buenos sentimientos, resolución, avaricia algunas veces. Voluntad fogosa é impulsiva.

Virgo ♍. — Simboliza la castidad; es térreo, ácido y femenino. En el individuo produce miembros bien proporcionados. Calma, confianza y contento. Capacidades intelectuales. Su planeta es Mercurio, el cual influye en el individuo, haciéndole fácil el estudio de las ciencias.

Libra ♎. — La casa de Vénus, es aérea, sanguínea, cálida y húmeda, masculina y diurna. Equilibrio entre la percepción externa é interna, y como resultado la razón.

Escorpión ♏. — Simboliza la muerte y la decepción; es acuoso, flemático, frío y húmedo, insípido, femenino, y por tanto, nocturno. Rige sobre la facilidad en la concepción de ideas, las facultades intuitivas, la sensibilidad y la voluntad. Es uno de los domicilios de Marte.

Sagitario ♐. — Las disposiciones de esta casa de Júpiter respecto á los elementos, son el fuego que la hace ígnea, biliosa, cálida, amarga, masculina y diurna. Simboliza la recompensa y rige á la facultad organizadora del espíritu.

Capricornio ♑. — Esta casa es una de las dos que tiene Saturno, y

simboliza el pecado, y sus cualidades elementarias son: terrestre, melancólica, fría y seca, ácida, nocturna y femenina. Rige á un grado inferior de espiritualidad y al carácter impresionable pero poco constante.

Acuario ♒. — Tiene las propiedades siguientes: aéreo, sanguíneo, cálido y húmedo, dulce, masculino y diurno. Rige á la investigación de los fenómenos, intelectualidad supeditada á los sentidos. Simboliza el juicio. Es también el domicilio de Saturno.

Piscis ♓. — Sus cualidades son: acuoso, frío y húmedo, insípido, femenino y nocturno. Rige sobre la indiferencia mental. Inercia completa por todo lo que puede causar entusiasmo en los demás. Tal es el otro domicilio de Júpiter.

HELIOS.



UN MISTERIO SIN RESOLVER

Las circunstancias que concurrieron á la muerte repentina de Mr. Delessert, inspector de la *Police de Sûreté*, parece que hicieron tal impresión en las autoridades parisienses, que fueron anotadas con una minuciosidad extraordinaria. Omitiendo todos los particulares, excepto los necesarios para exponer con claridad lo ocurrido, reproducimos aquí esta historia verdaderamente extraña.

En las postrimerías de 1861, vino á París un hombre que decía llamarse Vic de Lassa, y así estaba inscrito en su pasaporte. Venía de Viena, y decía que era un húngaro, y que tenía propiedades en las márgenes del Banat, no lejos de Zenta. Era un hombre pequeño, de treinta y cinco años de edad, con cara pálida y misteriosa, cabello rubio y largo, ojos azules de mirar vago y errante, y una boca de firmeza singular. Vestía descuidadamente y sin afectación, y hablaba y conversaba sin mucho *empressement*. Por otra parte, su compañera, probablemente su esposa, diez años más joven que él, era una mujer de sorprendente hermosura, de ese tipo húngaro puro, meloso, aterciopelado, rico y obscuro, que tanto parentesco tiene con la sangre gitana. En el teatro, en el bosque, en los cafés, en los bulevares y donde quiera que el París ocioso se divierte, madame Aimée de Lassa atraía en extremo la atención y causaba gran efecto.

Se alojaban en unas lujosas habitaciones de la rue Richelieu, frecuentaban los mejores sitios, recibían buena sociedad, la atendían espléndidamente, y se comportaban en todos sentidos como gente de gran fortuna; finalmente, Mr. de Lassa tenía siempre un buen saldo en la casa Schneider, Ruter y Compañía, los banqueros austriacos de la rue Rívoli, y tanto él como su esposa llevaban diamantes de brillo indiscutible.

¿Cómo fué, pues, que el Prefecto de policía creyó oportuno sospechar de Monsieur y de Mad. de Lassa, y encargase á Paul Delessert, uno de los inspectores más *rusé* del cuerpo, que los vigilase? El hecho es que aquehombre insignificante con una espléndida mujer, era un personaje muy misterioso, y la policía tiene por costumbre imaginarse que el misterio oculta siempre al conspirador, al aventurero ó al charlatán; y la conclusión á que había llegado el Prefecto acerca de Mr. de Lassa, fué que era un aventurero y además charlatán. Seguramente que en este caso era un aventurero nada común; pues se conducía con singular prudencia, y en modo alguno había hecho pregonar las maravillas que tenía por misión ejecutar; y, sin embargo, á las pocas semanas de haberse establecido en París, el salón de Mr. de Lassa era el furor del día, y el número de personas que pagaban la cuota de 100 francos por una sola ojeada en su cristal mágico, y por un solo mensaje de su telégrafo espiritual, era verdaderamente asombroso. El secreto de esto consistía en que Mr. de Lassa era un conjurador y un impostor con pretensiones rayanas á la omnisciencia, cuyas predicciones resultaban siempre ciertas.

No fué difícil á Delessert conseguir ser admitido en el salón de Lassa. Las recepciones tenían lugar en días alternos, dos horas por la mañana y tres por la tarde; y á estas últimas horas fué cuando el inspector Delessert se presentó bajo el nombre de Mr. Flabry, *virtuoso* en alhajas y converso al Espiritismo. Encontró los salones brillantemente iluminados, y reunida una sociedad encantadora de alegres invitados, que en modo alguno parecían haber venido á conocer su buena ó mala fortuna ó destino, al mismo tiempo que contribuían á aumentar las rentas de su huésped, sino que más bien se hallaban allí por consideración á sus virtudes y dotes.

Mad. de Lassa tocaba el piano ó conversaba de grupo en grupo de un modo al parecer encantador, mientras que Mr. de Lassa se paseaba ó se sentaba con sus maneras insignificantes é indiferentes, diciendo alguna palabra de vez en cuando, pero pareciendo evitar todo lo que fuera cons-

picuo. Los criados servían refrescos, helados cordiales, vinos, etc., y Delessert se hubiera podido figurar que se hallaba en una simple reunión completamente en regla, si no hubiese sido por una ó dos circunstancias que su ojo observador cogió al vuelo.

Excepto cuando su huésped ó huéspeda se hallaban al alcance de la voz, los invitados hablaban entre sí en tono bajo, más bien misterioso, y no con tantas risas como es usual en tales ocasiones. Por intervalos, un lacayo muy alto y lleno de dignidad, se acercaba á un invitado, y saludando profundamente, le presentaba una tarjeta en una bandeja de plata. El invitado marchaba entonces precedido del solemne criado; pero cuando él ó ella volvían al salón (algunos no volvían á aparecer), invariablemente tenían una mirada ofuscada ó asombrada, parecían aturdidos, sorprendidos, espantados ó divertidos. Todo esto era tan evidentemente genuino, y Lassa y su esposa parecían tan indiferentes en medio de todo aquello, para no decir tan apartados de todo, que Delessert no pudo evitar el sentirse grandemente impresionado y no poco intrigado.

Uno ó dos pequeños incidentes que Deleseert pudo observar, bastarán para aclarar la clase de impresiones que recibían los presentes. Dos caballeros, ambos jóvenes, de buena sociedad y evidentemente amigos muy íntimos, hablaban juntos con gran animación, cuando el grave lacayo llamó á Alfonso.

Rióse éste alegremente; «aguárdame un poco, *chèr* Augusto» — dijo — y sabrás todos los particulares de esta maravillosa buenaventura.

— «¡Eh bien!»

Apenas había pasado un minuto, cuando Alfonso volvió al salón. Su cara estaba blanca, y tenía una apariencia de rabia concentrada, espantosa de observar. Fué derecho á Augusto, sus ojos echando llamas é inclinándose hacia su amigo, el cual cambió de color y retrocedió; silbó á su oído más bien que habló:

— «¡Mr. Lefébure, *vous êtes un lâche!*»

— «¡Muy bien, Mr. Meunier» — respondió Augusto, también en voz baja; — mañana por la mañana á las seis!»

— «¡Queda arreglado, falso amigo, miserabte traidor! *¡A la mort!*» — replicó Alfonso retirándose.

— «*¡Cela va sans dire!*» — murmuró Augusto, marchando á coger su sombrero.

Un diplomático de distinción, representante en París de un estado ve-

cino, señor de edad, con un aplomo soberbio y de una presencia de las más imponentes, fué llamado al oráculo por el lacayo, con el saludo de costumbre. Después de una ausencia de unos cinco minutos, volvió, é inmediatamente se dirigió á Mr. de Lassa, que se hallaba de pie no muy distante de la chimenea, con las manos en los bolsillos y con una mirada de completa indiferencia en su cara. Delessert, que se encontraba cerca, observó la conversación con ansioso interés.

— Siento muchísimo — dijo el general Von — tener que ausentarme tan pronto de vuestro interesante salón, Mr. de Lassa, pero el resultado de mi *séance* me ha convencido de que mis despachos han sido violados.

— Lo siento — contestó Mr. de Lassa con un aire de interés lánguido, pero cortés. — Espero que podréis descubrir quién de vuestros servidores ha sido infiel.

— Voy á ocuparme de eso ahora — dijo el general — y añadió en tonos significativos: Trataré de que tanto él como sus cómplices reciban ejemplar castigo.

— Eso es lo único que debéis hacer, Sr. Conde.

El embajador le miró sorprendido, saludó y se despidió, retratándose en su cara un aturdimiento que todo el poder de su tacto no podía dominar.

En el transcurso de la velada, Mr. de Lassa se sentó con aire descuidado al piano, y después de unos preludios vagos é indiferentes, tocó una pieza de música de efecto, notabilísima, en la cual la vida turbulenta y la vivacidad de las melodías bacanales, se apagaban suavemente de un modo casi imperceptible, convirtiéndose en un gemido sollozante de pesar, de languidez, de cansancio y desesperación. Fué admirablemente ejecutado é hizo gran impresión en los oyentes, uno de los cuales, una señora, exclamó:

— ¡Qué precioso, qué melancólico! ¿Ha compuesto usted eso, Mr. de Lassa?

Miróla éste un instante distraidamente, y replicó:

— ¿Yo? ¡Oh, no! Esto es sólo una reminiscencia, señora.

— ¿Sabe usted quién lo ha compuesto Mr. de Lassa? — preguntó un *virtuoso* presente.

— Creo que su autor es Tolomeo Auletes, padre de Cleopatra — dijo Mr. de Lassa, con su modo indiferente y distraído; — pero no lo escribió

en su forma actual. Que yo sepa, ha sido reformado dos veces; sin embargo, el aire es sustancialmente el mismo.

—¿De quién lo habéis adquirido, Mr. de Lassa, si me permitís la pregunta? — persistió el caballero.

—¡Ciertamente, ciertamente! La última vez que lo oí fué de Sebastián Bach; pero la actual versión fué de Palestrina. Por mi parte prefiero la de Guido de Arezzo; es más ruda, pero tiene más fuerza. Obtuve este aire del mismo Guido.

—¡Vos, de Guido! — exclamó asombrado el caballero.

—Sí, señor — contestó Lassa, levantándose del piano con su aire indiferente habitual.

—*¡Mon Dieu!* — exclamó el *virtuoso*, llevándose las manos á la cabeza á manera de Mr. Twemloso. — *¡Mon Dieu!* Eso fué en el anno Domini 1022.

—Un poco más tarde que eso: Julio de 1031, sino recuerdo mal — rectificó cortesmente Mr. de Lassa.

En este momento el gigantesco lacayo se inclinó ante Mr. Delessert y le presentó la bandeja que contenía la tarjeta. Delessert tomó ésta y leyó: *¡On vous accorde trente-cinq secondes, Mr. Flabry, tout au plus!* Delessert siguió al lacayo, éste abrió la puerta de otra habitación y saludó de nuevo, significando que Delessert debía entrar.

—No hagáis preguntas — dijo brevemente. — Sidi es mudo.

Delessert entró, y la puerta se cerró tras él. Era una habitación pequeña donde reinaba un fuerte olor á incienso; las paredes estaban cubiertas de tapices rojos que ocultaban las ventanas, y el suelo de una espesa alfombra. Enfrente de la puerta, al otro extremo de la habitación y cerca del techo, se veía la esfera de un gran reloj; debajo de éste había dos mesas pequeñas alumbradas por grandes velas de cera, conteniendo una de ellas un aparato muy parecido á un registrador telegráfico, y la otra un globo de cristal de unas veinte pulgadas de diámetro, colocado sobre un trípode de bronce y oro, entremezclado y labrado de un modo admirable. Al lado de la puerta estaba de pie un hombre, negro como el azabache, con un turbante y jaique blancos, y teniendo en la mano una especie de varilla de plata.

Así que Delessert entró en la habitación, le asió del brazo derecho por encima del codo, y lo llevó rápidamente al otro extremo de la habitación, señaló el reloj, el cual dejó oir un toque, y luego le indicó el globo de

cristal. Delessert se inclinó sobre él, miró y vió un facsímile de su propia alcoba, exactamente fotografiada.

Sidi no le dió tiempo para hacer ni una exclamación, sino que teniéndolo aún cogido del brazo lo llevó á la otra mesa, en donde la especie de registrador telegráfico principió á dejar oir un tic tic; abrió luego el cajón de la mesa, y sacó una pequeña hoja de papel, la metió en la mano de Delessert, y señaló al reloj, el cual dejó oir otro toque, indicando que los treinta y cinco segundos habían espirado; luego, teniéndole aún cogido del brazo, señaló á la puerta y le condujo hacia ella; ésta se abrió, Sidi le empujó fuera, volvióse aquella á cerrar, y Delessert se encontró frente al lacayo, que se inclinó: la entrevista con el oráculo había terminado.

Delessert echó una ojeada al pedazo de papel que tenia en la mano, y vió unas líneas impresas en caracteres mayúsculos que decían simplemente: «A Mr. Paul Delessert. ¡El policía es siempre bien venido; el espía está siempre en peligro!»

Delessert permaneció un momento confundido al ver su disfraz descubierto; pero las palabras del alto lacayo «Por aquí, Mr. Flabry», le hicieron volver en sí. Apretando los dientes se dirigió al salón, é inmediatamente buscó á Mr. de Lassa.

—¿Sabéis el contenido de esto? —preguntó enseñando el mensaje.

—Yo sé todo, Mr. Delessert—contestó Lassa con su modo indiferente.

—Entonces quizás sepáis que estoy dispuesto á descubrir á un charlatán, y á desenmascarar á un hipócrita ó perecer en la demanda—dijo Delessert.

—*¿Cela m'est égal monsieur?*— replicó Lassa.

—¿Aceptáis, pues, mi reto?

—¡Oh! ¿Es, pues, un desafío?—dijo Lassa posando un momento su mirada sobre Delessert; —*¡mais oui, je l'accepte!*

Delessert partió sin decir más.

Delessert puso manos á la obra ayudado de todos los medios de que podía disponer el Prefecto de policía, á fin de descubrir y desenmascarar á este brujo consumado, de quien los rudos métodos de nuestros antecesores hubieran dado buena cuenta... por medio de la combustión. Averiguaciones perseverantes hicieron saber á Delessert que aquel hombre no era húngaro ni su nombre Lassa; que cualquiera que fuera la fecha á que se extendía su poder de «reminiscencia», en su forma pre-

sente había nacido en este mundo degenerado, en la ciudad fabricadora de juguetes Nuremburg; que cuando muchacho llamaba la atención por su especialidad en hacer construcciones ingeniosas, pero era muy turbulento y un *mauvais sujet.* A los dieciséis años se escapó á Génova y se puso de aprendiz con un fabricante de relojes é instrumentos, y en este punto le conoció el célebre prestidigitador Robert-Houdin. Houdin reconoció las facultades del muchacho, y siendo él mismo un constructor de autómatas ingeniosos, se lo llevó consigo á París y lo empleó en su propio taller, así como también en sus funciones públicas por su curiosa y divertida *diablerie.* Después de estar con Houdin varios años, Pflock Haslich (que era el nombre verdadero de Lassa), marchó al Oriente en el séquito de un Pasha turco; y después de muchos años de vagar en países en donde no se le podía seguir la pista, bajo una nube de seudónimos, había últimamente aparecido en Venecia, desde donde había venido á París.

Delessert volvió su atención á Mad. de Lassa, pero respecto de ésta era más difícil obtener una clave por cuyo medio llegar á conocer su pasado; sin embargo, era necesario conseguirlo á fin de comprender bien la situación de Haslich. Por último, un incidente pareció demostrar que Mad. Aimé era cierta Mad. Schlaff que había sobresalido en el *demimonde* de Buda, y Delessert partió para aquella antigua ciudad, y desde allí salió para los desiertos de Transilvania, en dirección á Mengyco. A su vuelta, tan pronto como llegó á la civilización y al telégrafo, envió el siguiente parte al Prefecto desde Kardszag:

«No perdáis de vista á mi hombre, ni le dejéis salir de París. Os lo pondré de manifiesto dos días después de mi llegada.»

Hubo la circunstancia de que el día de la llegada de Delessert á París, el Prefecto se hallaba ausente por estar con el Emperador en Cherburgo. Regresó el cuarto día, precisamente veinticuatro horas después de la muerte de Delessert. Esta acaeció, por lo que pudo averiguarse, del modo siguiente. La noche después de su llegada, Delessert se presentó en el salón de Lassa con un billete de introducción á una *séance.* Estaba admirablemente disfrazado como un anciano decrépito, y creía imposible que nadie pudiera descubrirlo; sin embargo, cuando fué conducido á la habitación, y miró en el globo de cristal, se quedó petrificado de horror al ver allí una imagen de sí mismo, que yacía en tierra boca abajo y sin sentido sobre la acera de la calle, y el mensaje que recibió decía:

— Lo que habéis visto sucederá, Delessert, dentro de tres días. ¡Preparáos!

El policía, indeciblemente trastornado, se retiró inmediatamente de la casa y se dirigió á la suya.

Por la mañana fué á las oficinas en un estado de gran abatimiento, de enervación completa; y refiriendo lo que había sucedido á su compañero inspector, le dijo:

— «¡Ese hombre puede hacer lo que promete, estoy condenado!»

Según manifestó Delessert, podía formarse toda una causa criminal á Haslich, *alias* Lassa, pero no podía hacerlo sin ver al Prefecto y recibir instrucciones, y mientras tanto no quería decir nada respecto de sus descubrimientos en Buda y en Transilvania; pues según manifestaba no le era permitido hacerlo, y sólo se le oyó exclamar repetidamente:

— ¡Oh! ¡Si el Sr. Prefecto estuviese aquí!

Le dijeron que fuera á Cherburgo á hablar con el Prefecto, pero se negó á ello, fundándose en que su presencia era necesaria en París. Repetidas veces manifestó su convicción de que estaba condenado, y se mostraba vacilante é irresoluto en su conducta, y extremadamente nervioso; y cuando le aseguraron que nada absolutamente tenía que temer, porque Lassa y toda su servidumbre se hallaban bajo una constante vigilancia, replicó: «No conocéis al hombre.» En su consecuencia, destinaron á otro inspector para acompañar á Delessert noche y día sin perderlo nunca de vista, y guardándole cuidadosamente; y por otra parte, se tomaron las debidas precauciones con lo que comía y bebía, y se doblaron los guardias que vigilaban á Lassa.

En la mañana del tercero día, Delessert, que había permanecido casi siempre en las oficinas, manifestó su determinación de telegrafiar en seguida al Prefecto que regresara inmediatamente, y con este objeto salieron él y su compañero inspector. Al llegar precisamente á la esquina de la calle de Lancry y del Boulevard, Delessert se detuvo de repente y se llevó la mano á la frente.

— ¡Dios mío! — exclamó. — ¡El globo de cristal! ¡La imagen! — y cayó de cara al suelo sin sentido.

Inmediatamente fué conducido al hospital, pero sólo vivió algunas hos ras sin recobrar el conocimiento. Las autoridades dieron instruccione- expresas para que se hiciera una autopsia minuciosa, la cual fué ejecutada por varios cirujanos distinguidos, cuya unánime opinión fué que la

causa de la muerte había sido una apoplegía, debida á la fatiga y á la excitación nerviosa.

Tan pronto como Delessert fué conducido al hospital, su compañero inspector se dirigió apresuradamente á la oficina central, y Lassa, juntamente con su esposa y todos los que tenían que ver con el establecimiento, fueron en el acto reducidos á prisión. Lassa se sonrió despreciativamente cuando lo arrestaron.

—Yo sabía que íbais á venir—dijo—y me preparé para ello; ya os alegraréis de ponerme en libertad.

Era muy cierto que Lassa se había preparado para recibirlos, pues cuando registraron la casa se encontró que todos los papeles habían sido quemados, el globo de cristal destruído, y en la habitación de las *séances* había un gran montón de delicada maquinaria, rota en menudos é indistinguibles fragmentos.

—Esto me costó 200.000 francos—dijo Lassa señalando el montón;—pero ha sido una inversión de fondos reproductiva.

Las paredes y los pisos estaban abiertos en varias partes, y los desperfectos en la propiedad eran considerables. En la prisión, ni Lassa ni sus asociados hicieron revelación alguna, y la sospecha de que de algún modo tenían que ver con la muerte de Delessert, se desvaneció muy pronto, desde el punto de vista legal, y todos ellos fueron puestos en libertad, excepto Lassa, el cual siguió detenido bajo varios pretextos, hasta que una mañana le encontraron ahorcado, pendiente de un cinto de seda atado á la cornisa del cuarto que le servía de prisión. Después se descubrió que la noche antes Mad. de Lassa se había escapado con el gigantesco lacayo, llevándose al nubio Sidi con ellos. Los secretos de Lassa le acompañaron á la tumba.

«Es verdaderamente una historia curiosa vuestro artículo del *Scientist* de hoy; pero ¿es una descripción de hechos reales, ó un tejido de sucesos imaginarios? Si es verdad, ¿por qué no manifestáis su origen, ó en otras palabras, por qué no indicáis la autoridad que lo garantiza?»

Lo anterior no está firmado, pero aprovechamos la oportunidad para manifestar que el relato *Un misterio sin resolver* se ha publicado, porque consideramos que los puntos principales de la historia—las profecías y la muerte singular del funcionario—son fenómenos psíquicos que pueden

producirse de nuevo. ¿Para qué citar «autoridades»? La Escritura nos habla de la muerte de Ananías, bajo la severa reprimenda de Pedro, y se supone que Ananías murió repentinamente de temor. Pocos son los que pueden comprender este poder regido por leyes espirituales; pero los que han pasado la frontera y conocen algunas de las cosas que pueden hacerse, no verán en esto ningún gran misterio, así como tampoco en la historia publicada la semana anterior.

No hablamos en tono místico; pregúntese al magnetizador poderoso si hay peligro en que el sujeto se ponga fuera de su dominio, si puede con su voluntad hacer que el espíritu del sujeto no vuelva más al cuerpo. Puede demostrarse que el magnetizador es capaz de obrar en un sujeto á la distancia de muchas millas, y no es menos cierto que la mayoría de los magnetizadores saben muy poco ó nada de las leyes que rigen sus poderes.

Hay quien considera como un hermoso sueño el tratar de concebir las bellezas del mundo espiritual; pero puede emplearse el tiempo más provechosamente en el estudio del espíritu mismo, sin que sea necesario buscar el objeto del estudio en el mundo espiritual.

Traducido de *A. Modern Panarion.*

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27, Madrid.

ÍNDICE DE 1896.

Páginas.